

LA PERMANENCIA DE LOS MODELOS DE INTERPRETACIÓN INSURRECCIONAL” Y “POSITIVISTA” DE LA HISTORIA NACIONAL EN LOS MANUALES ESCOLARES POLACOS *

Maciej Serwanski¹

Cuando nosotros, los polacos, preguntamos a los extranjeros cuales son las características que, en su opinión, distinguen más nuestra nación, ellos suelen citar — entre las respuestas más estereotipadas —, la valentía, el coraje, la bravura, el amor por la patria, la lucha encarnizada por la independencia, etcétera; pero al mismo tiempo, mencionan la falta de organización de la sociedad, la ligereza con la cual los polacos abordan sus deberes y, finalmente, su carácter indisciplinado.

Resulta así una imagen — y esto sigue siendo fundado hoy en día — según la cual es más fácil para un polaco dar su vida por la patria que vivir para ella; que es más fácil luchar contra un enemigo que se encuentra en su suelo que organizar una vida cotidiana nacional.

Es evidente que tal actitud no nació de un día para otro, sino que se formó lenta-

mente a través de los numerosos acontecimientos de la historia nacional. En efecto, desde hace más de doscientos años — excepto en el período de 1918 a 1939 — Polonia no figuraba en el mapa de Europa y no existía como estado independiente; el poder estando en manos extranjeras y siendo identificado con el enemigo, negaba a los polacos la posibilidad de pensar a su país como a un estado propio.

Es asombroso constatar cómo esta influencia del pasado ha dejado huellas indelebles en la mentalidad de los polacos de hoy, cuando ellos — por lo menos a primera vista — viven en condiciones diferentes. En efecto, las más recientes encuestas del Centro de Análisis de la Opinión Pública Polaca (OBOP) muestran que 64% de los polacos tienen la convicción de que no se puede ser verdaderamente patriota cuando uno no está dispuesto a sacrificar su vida por la Patria. Sólo el 28% tienen la opinión

* Universidad Adam Mickiewicz, Poznan, Polonia

1 Traducción del francés por Roch Little, profesor asistente, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia y profesor de horas cátedras, Departamento de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Javeriana.

contraria. Y lo más curioso es que no son únicamente, cómo se podría normalmente pensar, los viejos y los pensionados (74%), la gente poco escolarizada, como los agricultores (70%) o los obreros (63%), y los empleados sin formación universitaria (65%) quienes hablan de la necesidad de sacrificar la vida por la Patria, sino también los jóvenes (64%). No obstante, hay que precisar que las personas que tienen un nivel más alto de estudios consideran más a menudo que se puede ser patriota sin necesariamente hacer el sacrificio de su vida para defender la Patria².

¿Dónde hay que buscar los orígenes de esas actitudes? Seguramente en el medio educacional del individuo, es decir, en su medio social, entendiéndolo como la resultante de diversos factores. Por ejemplo, la educación familiar, de tipo tradicional, es uno de los más importantes³.

Sin embargo, creo que el colegio, particularmente en la enseñanza de la historia, juega también un papel muy importante. ¿De qué manera es explicada la historia polaca en el colegio? Pregunta muy importante cuando se considera que la evolución de los comportamientos de los jóvenes polacos frente a la realidad presente y futura depende de ella. Para articular una

respuesta que sea la más adecuada posible, voy a referirme a una imagen cultivada por los polacos de un período particular de su historia, la del tiempo de las particiones (1795-1918), época tan significativa para nuestra historia, como tal presentada en los manuales escolares de los últimos cincuenta años. No se trata de ninguna manera de analizar la narratividad de esos manuales, sino de poner el énfasis en el contenido de los cursos, su interpretación de los temas presentados y las conclusiones que proponen al estudiante. Por ello, prestaré una atención particular a los manuales de primaria, que se dirigen a los adolescentes entre los trece y los catorce años. Las conclusiones presentadas en este artículo se basarán en las informaciones recolectadas en nueve manuales, publicados entre los años 1948 y 1992⁴.

Lo que podemos constatar con una primera lectura es la predominancia de una imagen insurreccional. En efecto, se resalta desde el principio cómo la insurrección de Tadeusz Kosciuszko contra el invasor ruso, desencadenada poco tiempo antes de la última partición del país (1794), y perdida con honor, fue de una importancia decisiva para la historia de Polonia y de los polacos⁵. Este levantamiento inspiró a las insurrecciones nacionales posteriores y trazó durante todo

2 Las encuestas d'OBOP hechas en julio de 1995 y publicadas por la Agencia de Prensa Polaca (PAP). *Głos Wielkopolski*, n° 166 (19 de julio de 1995).

3 En la enseñanza de los valores, los padres polacos recurren a menudo a ejemplos traídos de la historia nacional (nota del traductor).

4 T. Landeck, W. Lukaszewicz, H. Wereszycki, J. Willaume, *Podrecznik historii dla VIII kl. Szkoły podstawowej*, bajo la redacción de N. Gasiorowska, 3° edición, Varsovia, 1948; G. Missalowa, J. Schoenbrenner, *Historia Polski*, bajo la redacción de Z. Kormanowa, Varsovia, 1951; A. Klubówna, J. Stepieńowa, *W naszej Ojczyźnie*, Varsovia, 1958 (manual para la clase de IV); W. Hoszowska, *Oponadania z dziejów Polski*, IIa parte (1505-1864), Varsovia, 1959; H. Sedziwy, *Historia dla klasy VII (1870-1945)*, Varsovia, 1960; S. Szostakowski, *Historia dla klasy VII*, Varsovia, 1972; J. Skowronek, *Historia dla klasy VII*, Varsovia, 1975; J. Skowronek, *Historia. Do niepodległej*, Varsovia, 1984 (manual para la VIIa clase); M. Milczarczyk, A. Szolc, *Historia 7. W imię wolności*, Varsovia, 1992. Estos manuales serán posteriormente citados por sus años de publicación.

5 Llamando la atención sobre los acentos "varsovianos" de la insurrección, los manuales mencionados (los que tratan este período) no evocan, sino a penas, la insurrección conducida al mismo tiempo contra los prusianos en Posnania. Véase 1948: p. 93, 1951: p. 116-124, 1958: p. 94-101, 1959: p. 219. Véase J. Wasinski, "Powstanie 1794 w Wielkopolsce", *Zycie y Mysl*, n° 9 (1974), p. 59-65.

el siglo XIX las líneas de acción de la lucha por la independencia a los militantes nacionalistas polacos. La tercera partición de Polonia (1795), y su desaparición como estado, fue el castigo y el precio a pagar por este ímpetu insurreccional.

Los manuales recuerdan de manera poco clara, o sino silencian, el hecho de que, inmediatamente después de la desaparición del estado, dos enfoques de lucha se desarrollaron al interior de los diferentes grupos nacionalistas polacos; y que, no obstante la desigualdad de sus fuerzas, estas dos concepciones coexistieron durante todo el tiempo que duró la ocupación extranjera en Polonia. La primera tenía como meta salvar y desarrollar, con métodos legales o casi legales, una idea virtual del estado polaco, partiendo de la sociedad. La segunda, al contrario, planteaba un enfrentamiento directo contra los invasores por medio de conspiraciones y de insurrecciones, ello con la intención de restaurar el estado polaco. En todos los manuales, son estas últimas formas de lucha las que son abundantemente descritas. Primero se hace una apología de una historia trágica en sí misma como la de las Legiones Polacas creadas por Bonaparte en Italia en 1797⁶. En cambio la insurrección de Jan Henryk Dabrowski en Gran Polonia, durante la campaña francesa contra Prusia en 1806-1807, es apenas mencionada a pesar de su éxito, y es relegada ante la presentación de los logros militares del Gran Ducado de Varsovia, fundado por Napoleón en 1807, y ante la participación de los doscientos mil polacos en el "Gran Ejército" (*Grande Armée*) en la campaña de Rusia. Aunque los polacos fueron vencidos con Napoleón, y a pesar del gran número

de víctimas dentro de la nación, los manuales elogian los méritos de este período porque permitió durante un corto momento la independencia del país, así como por los progresos sociales y económicos que se lograron en este momento⁷.

Se presenta luego a los cincuenta años de la Europa del Congreso de Viena como un período de continuas conspiraciones e impulsos insurreccionales. Entre los más grandes momentos se evoca la insurrección de noviembre de 1830 que estalló en el Reino de Polonia (parte bajo dominación rusa). Se dice a los alumnos que la victoria del imperio Ruso sobre los insurgentes polacos no se debió a la desigualdad de los potenciales económicos y militares de las partes en conflicto (Rusia era a la sazón la más grande potencia militar de Europa), sino en "la falta de voluntad de los jefes de la insurrección para continuar la lucha", así como su escepticismo en cuanto a la posibilidad de lograr la victoria⁸. La insurrección tuvo como efecto — y eso es cierto — una gran represión por parte del régimen zarista, pero se dice al mismo tiempo que "abrió una nueva etapa de la lucha heroica por la libertad de la Patria y mostró a toda Europa que los polacos nunca habían aceptado la pérdida de su independencia"⁹. A forma de consuelo, se menciona que gracias a la participación de los emigrados polacos se contribuyó a salvar la revolución de 1830 en Francia y la independencia de Bélgica.

Lastimosamente, el fracaso de la insurrección de noviembre obligó a 11 000 patriotas de los más activos a una vida errante en el extranjero. En consecuencia, fue sobre los emigrados que cayó la responsabilidad de la lucha por la independencia. Y

6 Véase por ejemplo 1948: p. 99, 1959: p. 223-227 y 1992: p. 15.

7 1948: p. 113, 119; 1959: p. 229-237; 1976: p. 30-31. El manual de 1992 (p. 7-45) considera este período desde un punto de vista más "polacocéntrico", al mismo tiempo que se abstiene hacer conclusiones y evaluaciones sintéticas.

8 1992: p. 92-93.

9 1976: p. 69. Véase también 1948: p. 168-180; 1951: p. 140-147; 1959: p. 249-257; 1984: p. P. 41-58; 1992: p. 72-94.

no era cuestión únicamente de la lucha armada, sino también de la que se expresaba a través del canal de la grandiosa literatura romántica (Slowacki y Mickiewicz) o en la música (Chopin). En cuanto a Polonia, las conspiraciones y la actividad de los emisarios, con frecuencia terminaban en el fracaso y la represión.

Los levantamientos polacos durante la Primavera de los Pueblos de 1848 aportaron nuevas derrotas, tanto los que fueron planificados — como en la Gran Polonia — o espontáneos — como en Galitzia (parte ocupada por Austria). Pero como el empuje revolucionario de 1848 hacía renacer la esperanza de “poner fin a los infortunios de la Patria”, ello da la ocasión a los autores de los manuales de valorar la lucha de los polacos “por nuestra y vuestra libertad”¹⁰; en efecto, los polacos participaron de todos los movimientos revolucionarios en Europa: en Francia, en Alemania, en Austria, en Hungría y en Italia. A pesar del fracaso de la Primavera de los Pueblos y de las represiones de cada una de las potencias ocupantes, se suele mencionar las “ganancias” que a pesar de todo la sociedad polaca obtuvo de este movimiento, tales como la liberación de los campesinos de la servidumbre y el despertar de la consciencia nacional del “pueblo polaco”, es decir principalmente de los campesinos de Galitzia y de Gran Polonia¹¹. En cambio, ninguno de esos manuales menciona el hecho que, al mismo tiempo, en los territorios polacos ocupados por Prusia y Austria, se perdió prácticamente toda esperanza de una victoria por la lucha armada. Ninguna mención tampoco a la concepción alternativa a la lucha armada que comenzó a prevalecer en estas regiones.

La situación era diferente en los territorios ocupados por los rusos. Cuando, en los años cincuenta del siglo XIX, el movimiento clandestino empezó a renacer, el Reino de Polonia fue su centro. Como la opresión zarista contra la nación polaca se hacía sentir cada día más fuerte, la acción conspiradora y el ambiente patriótico se intensificaron. Allí una insurrección estalló en enero de 1863.

Esta rebelión de enero, con su génesis y su desarrollo, está muy acentuada en todos los manuales y presentada como el más grande y más largo impulso nacional. Desdichadamente, si no se cesa de repetir que, durante estos 15 meses, más o menos 200.000 personas participaron en la insurrección, no se puede olvidar de precisar que el momento no era propicio, y que, en consecuencia, las fuerzas polacas, mal armadas y sin instrucción militar, no podían hacer más que ceder a medio plazo ante la potencia del ejército ruso. Además, es imposible callar el balance trágico de esta insurrección: decenas de miles de muertos caídos en los campos de batalla, ejecutados o deportados en Siberia. Una vez más, 10.000 personas fueron obligadas a emigrar hacia el Oeste. Las represalias zaristas tuvieron un nivel de violencia nuevo en el Reino de Polonia; sus habitantes vistieron de luto. Pero todos estos hechos no impiden a los autores de estos manuales de pronunciar en voz unánime que “a pesar del fracaso, la insurrección de enero tuvo también sus resultados positivos”. Porque al lado de una liberación ventajosa para los campesinos, “esta lucha heroica consolidó las ambiciones patrióticas y el sentimiento de unidad de la nación Polaca a pesar de las tres particiones”, y “los polacos una vez más han demostrado ante el mundo entero que nunca habían aceptado la perdi-

10 *Za naszą y waszą wolność*. Expresión utilizada por los polacos que combatían en los diversos movimientos revolucionarios europeos del siglo XIX (nota del traductor).

11 1976: p. 123; 1992: p. 148. Véase también 1951: p. 168-172; 1959 p. 288-297; 1972: p. 84-91; 1984: p.109-126. El manual de 1948 (p. 201-203) consagra más importancia a la participación de los Polacos a los movimientos revolucionarios europeos de 1848 que a la situación del mismo período en Galitzia y en el Gran Ducado de Posnania.

da de la independencia"¹². Hecho curioso, estos manuales no ven la contradicción entre esas opiniones y las conclusiones, por otra parte muy pertinentes, que las preceden, según las cuales "el triunfo del régimen zarista y la actitud de su gobierno han debilitado las esperanzas de los polacos de reconquistar su libertad. En los decenios por venir los polacos no retomarán más el camino de la lucha armada. La insurrección de enero cerró el período de las sublevaciones nacionales polacas, comenzando por la de Kosciuszko en 1794"¹³.

He mencionado antes que la actividad conspiradora e insurreccional había sido una de las corrientes de la lucha de los polacos por la independencia en el siglo XIX. Paralelamente a esta corriente, se desarrolló desde los principios de la caída del estado una lucha de carácter "legalista" para la supervivencia de la nación y la preservación de su conciencia nacional. Se fundaba en una gran actividad en el sector económico y cultural, donde los polacos eran más perjudicados por parte de los invasores. Esta actividad positivista tiene en la historiografía polaca la apelación de "trabajo orgánico". Era cuestión, por ejemplo, de empresas económicas de sectores pioneros, de asistencia social, de instrucción pública, de bienestar y, finalmente, de protección de la ciencia y de las bellas artes. Los propietarios latifundistas, la pequeña burguesía, una parte de los intelectuales y el bajo clero son los que más participaron en estos tipos de actividades.

Es durante el período ubicado entre las insurrecciones de noviembre y de enero que

se desarrollaron las ideas del "trabajo orgánico" y las estructuras que permitían su realización. Las obras económicas y culturales relacionadas con la defensa y el fortalecimiento de la nacionalidad llamaron la atención en todo el territorio ocupado. Sin embargo, fue en Posnania que se manifestaron primero, y ello de manera particularmente intensa, por el hecho que el nivel de desarrollo económico era más elevado y que la germanización constituía un peligro real para la conservación de la identidad nacional polaca¹⁴.

No quisiera cometer ningún abuso de interpretación, pero me parece que los manuales dejan la impresión que el trabajo orgánico debe considerarse como una actividad de segundo plano. No como una forma de lucha paralela, sino como una actividad de remplazo, y por consecuencia inferior a la lucha armada. Ello se debe a una manera muy particular de explicar la historia de Polonia, que llamo el "síndrome de la perspectiva varsoviana", la cual consiste, particularmente en lo que concierne a la historia del siglo XIX, en ver e interpretar los acontecimientos a través del prisma del Reino de Polonia, o dicho de otro modo con relación a la situación que existía en los territorios anexados por el imperio Ruso. En esta perspectiva, la mención sobre el trabajo orgánico, que se encontraba ya muy bien desarrollado en Posnania en la mitad del siglo XIX, resulta totalmente ausente en ciertos manuales. En cambio, se cita su aparición en Varsovia... ¡después del fracaso de la insurrección de enero de 1863!¹⁵. Así — aprendemos gracias a un manual que, por

12 1976: p. 141; 1984: p. 150; 1992: p. 179. Véase 1959: p. 314 y 1972: p. 111-112.

13 1976: p. 140-141; 1984, p. 150.

14 El estado prusiano adoptó temprano políticas de asimilación de la población polaca, mientras que Rusia lo hace solamente después de la insurrección de 1863 y que Austria, al principio indiferente a sus posesiones polacas, reconoce al polaco como uno de los idiomas oficiales del Imperio con el compromiso de 1867 (nota del traductor).

15 1976: p. 194-196, en el capítulo titulado: "La política de "rusificación" zarista en el Reino de Polonia. El positivismo y el trabajo orgánico"; 1984: p. 159-160, en el capítulo: "La política del régimen zarista frente al Reino de Polonia después de la insurrección de enero. El trabajo orgánico". Señalamos que la noción de trabajo orgánico utilizada en el último manual citado, y que figura en su "vocabulario de términos históricos" (p. 317), está incorrecta.

otra parte, contradice su interpretación del balance de la insurrección — que “la sociedad agotada y aterrorizada dejó de creer en la posibilidad de reconquistar rápidamente su independencia”. Este escepticismo hizo que:

[...] los publicistas y los escritores de los más ilustres, hasta los militantes insurreccionales arrancados de la ola de terror predicaran ahora la necesidad de una labor paciente y continua para el desarrollo de la economía y de la instrucción pública, la necesidad de luchar contra la ignorancia y el oscurantismo. El compromiso de todas las fuerzas de la sociedad polaca en esta vía debía consolidar la nación y asegurarle un sitio entre los pueblos económica y culturalmente desarrollados. La divulgación de tales ideas y sus tentativas de realización tuvieron lugar en las afueras del Reino de Polonia — particularmente en Posnania y, hasta cierta medida, en Galitzia. Pero es en el reino de Polonia que se manifestaron de la manera más eficiente¹⁶.

Sin embargo, tenemos aquí una interpretación errónea no solamente en el fondo, sino también en la cronología. Además, la alusión a estas conclusiones aparece claramente: es solamente después de agotar todas las posibilidades de la más importante forma de lucha (para no decir la más noble) contra la opresión extranjera, es decir, la lucha armada, que se pasó a la actividad de tipo positivista. Desdichadamente, los manuales más recientes reproducen el mismo error, aunque, vale la pena mencionarlo, señalan que es en Posnania que apareció por primera vez. No obstante, se puede deplorar que hablen de ello solamente en unas líneas consagradas a la situación económica después del fracaso de la insurrección de noviembre, y que asocien la aparición de estas ideas positivistas como la

consecuencia del fracaso de este levantamiento, aunque, en aquel caso, no corresponde a un momento decisivo en la historia de esta región¹⁷.

¿Cuales son, entonces, las informaciones sobre el trabajo orgánico que hacen falta en los manuales? ¿Qué es lo que hay que precisar en los acontecimientos que se mencionan solamente de manera abreviada? Particularmente el hecho que los habitantes de Posnania, desde la primera mitad del siglo XIX, habían escogido una forma también muy patriótica (hasta podríamos decir un modelo) de resistencia contra la ocupación prusiana. Lejos de subestimarla con respecto a la lucha armada, decidieron concurrir con ella en todos los aspectos de la vida cotidiana para construir, aun si eso quería decir conformarse con la legislación del invasor, estructuras polacas independientes, por lo menos en cuanto ello era posible. Esto porque, a comienzos del siglo XIX, los polacos tuvieron que enfrentarse a una catástrofe económica de una región que era la más próspera de la Polonia independiente; fue arruinada por las consecuencias de su anexión a Prusia, debido a su posición de inferioridad frente a una economía que era mucho más moderna (capitalista). Para remediar este estado de cosas, había que buscar métodos de concurrencia eficiente con la potencia alemana, al mismo tiempo que formas de resistencia contra las medidas del gobierno de Berlín, poco favorables para los polacos. Los habitantes de Posnania relevaron el desafío¹⁸.

Así, desde el fin de los años 20 del siglo XIX, unos terratenientes polacos, entre otros Tytus Dzialynski, tomaron la iniciativa de crear una Sociedad de Agricultura y de Instrucción Pública. Durante los años 30, en

16 1984: p. 153.

17 Véase 1992: p. 110-113.

18 Véase T. Schramm y M. Serwanski, “L’influence allemande sur l’économie polonaise de Grande Pologne de 1740 a 1830 fut-elle un facteur de progrès ou de régression ?” *Progrès technique et évolution des mentalités en Europe centrale (1750-1840)*, Paris, INALCO, 1991, p. 179-195.

muchas ciudades de Posnania, se fundaron casinos y sociedades de cultura y de divertimento que servían de pretexto para propagar la industrialización y la instrucción pública, y ello con la colaboración importante de la nobleza local. En los círculos burgueses de Poznan, una actividad análoga tuvo lugar bajo la organización de un eminente médico y filántropo, el doctor Karol Marcinkowski. En 1841 se construyó bajo su iniciativa el hotel "Bazar", que pertenecía a una sociedad de terratenientes polacos, un lugar de encuentros de la nobleza, de la burguesía y de los intelectuales, centro de negocios y de artesanía polacos. El mismo año, Marcinkowski y Karol Libelt crearon la Sociedad de Asistencia Científica, una vasta organización que acordaba becas a jóvenes polacos con capacidades, pero que no disponían de recursos para pagarse estudios. En el campo, los terratenientes creaban sociedades agrícolas, organizaban bibliotecas rurales que propagaban entre otras cosas la utilización de las últimas innovaciones técnicas. Al mismo tiempo, la aristocracia de Posnania, como Edward Raczynski y Tytus Dzialynski fundaron dos grandes bibliotecas con un carácter polaco muy pronunciado, en Rogalin y en Kornik respectivamente. El general Dezydery Chlapowski, en su mansión de Turew, enseñaba técnicas de agricultura a jóvenes terratenientes y a campesinos, en función de los nuevos métodos ingleses. En Poznan, Hipolit Cegielski, fundó un taller que dio más tarde nacimiento a una gran fábrica de máquinas agrícolas. Konstany Zupanski, por su parte, desarrollaba actividades en el sector de las librerías y editoriales.

Afortunadamente, podemos encontrar informaciones sobre estos hechos básicos en la mayoría de los manuales polacos destinados a la enseñanza de la historia en las clases

de primaria, aunque — hay que precisarlo — no estén siempre completas, bien ubicadas o nombradas correctamente. Pero lo más importante es que encontraron un sitio reconocido en las últimas ediciones¹⁹. Sin embargo, a diferencia de la lucha insurreccional ampliamente comentada, podríamos esperar encontrar algunas conclusiones o ensayos de interpretación sobre el fenómeno del trabajo orgánico en Posnania. En efecto, es sólo en el manual destinado a los estudiantes del bachillerato que se puede encontrar este tema abordado exactamente en su contexto histórico, con una descripción idónea y con un balance objetivo. Uno podría preguntarse porque el público más joven, es decir los alumnos de la primaria, no puede aprender que: "El trabajo orgánico aportó resultados concretos como un crecimiento del nivel de educación de los habitantes de la Gran Polonia y un progreso económico notable en la agricultura, la industria y el comercio. Además favoreció el desarrollo de la conciencia nacional y de la cultura política, esta última basada en la convicción de la ineficacia y del carácter perjudicial de la acción revolucionaria y conspiradora"²⁰. E incluso si el mensaje incluido en esta última constatación puede ser el objeto de una polémica, considerando los aspectos conspiradores e insurreccionales de la historia de la Gran Polonia de los años 1846-1848; ésta resulta justa en relación con toda la segunda mitad del siglo XIX.

En efecto, el fracaso de estas insurrecciones aceleró la divulgación de las ideas del trabajo orgánico. La represión prusiana que se dió enseguida consiguió frenar por un tiempo tal acción, y a partir del comienzo de los años 60, las sociedades económicas, agrícolas, y las sociedades de créditos agrarios, arruinadas al principio del siglo XIX, conocieron un nuevo impulso. Con la formación del Reich alemán en 1871, la acción del gobier-

19 1992, p. 110-113.

20 G. Szelagowska, *Historia. Dzieje nowożytne i najnowsze 1815-1870* [Historia reciente y moderna 1815-1870], Manual para la clase de IIIa de bachillerato. 1a edición, Varsovia, 1993, p. 230. Véase también 1992, p. 165-166 y 228-229.

no de Berlín se concentró en dos objetivos: la germanización de la vida pública y la desnacionalización de los polacos, combinada con una acción de colonización de gran amplitud. Para salvaguardar el espíritu polaco de la región, se crearon numerosas asociaciones culturales y de instrucción pública²¹. Igualmente, la política de lucha contra la Iglesia católica (*Kulturkampf*) conducida por el canciller Bismarck se enfrentó también a una viva reacción por parte del clero y de los fieles. En efecto, la Iglesia era para los polacos uno de los aspectos esenciales de la vida nacional, de la continuidad de las tradiciones, de la cultura y de la lengua.

Los habitantes de Posnania aprendieron a resistir a las presiones de los alemanes que no lograron, a pesar de los recursos económicos y de las posibilidades incomparablemente más importantes, desarrollar el elemento alemán en sus provincias polacas. Así, la acción de expulsar los polacos, de volver a comprar, colonizar y desmembrar sus tierras resultó un fracaso.

Este período de la historia de las regiones polacas ocupadas por los prusianos encuentra ahora su justo reflejo en los manuales. No obstante, lo que puede parecer sorprendente, es que esté analizado en el contexto de la lucha contra la germanización y la resistencia; siendo lo más importante del trabajo orgánico “reservado”, una vez más, al Reino de Polonia²².

Y cuando se presenta la situación a la vuelta de los siglos XIX y XX, se menciona más la industrialización y la urbanización del Reino de Polonia que la de los territorios anexados a Prusia. Y allí aparece de nuevo el tema predilecto de los autores — los polacos en la revolución de 1905²³. El título “La revolución de 1905-1907 en el territorio polaco” no revela que implicaran sólo los territorios bajo la dominación rusa y austríaca. El alumno aprende — en contradicción con la realidad histórica — que esta revolución fue la primera lucha política y social de importancia desde la insurrección de enero de 1863. Se le enseña que “a pesar de un nuevo fracaso y de la muerte de numerosos militantes abnegados, tuvo efectos positivos”, porque mejoró la situación de los obreros y, a toda la nación polaca, aportó ventajas sociales que “movilizaban los polacos por una lucha más encarnizada por el derecho a la libertad”²⁴. Encontramos ahí una mezcla confusa de viejos puntos de vista marxistas combinados con puntos de vista seudopatrióticos, y con generalidades de las cuales, desafortunadamente, este manual reciente no está exento. Hoy en día, parece que es solamente dentro de un enfoque periodístico que se puede escribir que la conciencia nacional en el Reino de Polonia no era una evidencia, porque “en 1915 muchos habitantes de Varsovia, viendo los ejércitos rusos irse de la capital, decían con dilación: los nuestros se van”²⁵.

21 En el campo de la cultura el símbolo de la actitud de los habitantes de La Gran Polonia fue el Teatro Polaco, inaugurado en Poznan en 1875, construido gracias a las cotizaciones de toda la nación polaca. La inscripción *De la nación Polaca a sí misma* que ornamenta hasta ahora su frontón es muy representativa.

22 En la realidad, existía a menudo una cohabitación polaco alemana, lo que no excluía por supuesto tensiones recíprocas. P. Hauser en su libro *Kolonista niemiecki na ziemiach polskich w XIX i XX wieku. Mit i rzeczywistość*, Poznan, 1994, muestra como el enfoque de la cuestión en los manuales se diferencia del debate actual.

23 1992, p. 196-203, 266-276, 298-305.

24 *Ibidem*, p. 305. Véase también 1960, p. 88-96; 1976, p. 256-257; y sobretodo 1984, p. 263-264 y 265-268, donde la huelga de los estudiantes en Posnania está considerada como parte de los acontecimientos de la revolución de 1905!

25 W Kalicki, “Cud niepodleglosci [Un milagro de la independencia]”, *Gazeta Wyborcza*, n° 188 (14-15 de agosto de 1995).

Para completar el análisis de la dominación de una óptica insurreccional en la explicación de la historia de Polonia de los últimos doscientos años, no deberían olvidarse las sublevaciones del siglo XX. La primera, que tuvo lugar en la Gran Polonia de los años 1918-1919, demostró un gran sentido político y patriótico a la vez. Fue también un ejemplo modelo de un momento escogido con precisión y de una victoria exitosa. Sin embargo, esta insurrección de Posnania es poco rememorada fuera de la Gran Polonia. En efecto, durante un largo tiempo, las autoridades comunistas quedaron mudas sobre esta insurrección que consideraban como "burguesa", y, en los manuales de la época, estuvo relegada al problema del establecimiento de las fronteras polacas después de la primera guerra mundial. Lo mismo ocurre con las tres insurrecciones, también exitosas, de Silesia de los años 1919-1921, cuya meta era unirse al estado nuevamente independiente. Sin embargo, a pesar de lograr sus objetivos, estas insurrecciones no están muy valorizadas. En cambio, la situación es totalmente diferente en lo que concierne a la insurrección de Varsovia de 1944. Considerada como la más grande y la más importante insurrección polaca del siglo XX, fue dramática en su génesis y trágica en su desarrollo y balance. Dirigida militarmente contra los alemanes y políticamente contra los soviéticos, esta sublevación era, pues, hostil a los comunistas²⁶. Nada de sorprendente que constituyese un dolor de cabeza interpretativo en la enseñanza de la historia durante el período comunista. No obstante, la preocupación de

mostrar el valor de la tarea fue tal que se lograron separar las "malas intenciones" de los jefes anticomunistas del sacrificio de las víctimas, glorificando el patriotismo y el heroísmo de los militantes y justificando así la sangre derramada y la destrucción de la ciudad por los alemanes.

Así, hoy en día, para un polaco mediano, el período de la dominación extranjera del siglo XIX y toda la historia polaca posterior está mostrado como una continua serie de impulsos insurreccionales. Es primero la lucha militar y solamente después, y en un grado menor, el trabajo, paciente, de los positivistas. Muchos factores constituyen el origen de este estado de cosas. Ello se debe a una interpretación de los hechos que favorecen, por decirlo así, el modelo insurreccional; pero es también la actitud de la gran mayoría de los profesores que no suelen liberarse de esta tradición. Están secundados por la historia de la literatura polaca del siglo pasado, enseñada paralelamente en las mismas clases, donde la cuestión, ante todo, de la gran literatura romántica, alejada de la realidad, llena de exaltación mística y de mesianismo (Polonia como el "Cristo de las naciones" como en la obra de Mickiewicz)²⁷.

A todo ello hay que añadir otro factor que marca la actitud de los polacos frente al pasado y al futuro — la celebración de los grandes aniversarios nacionales—. En efecto; lo que a mi modo de ver distingue la nación polaca de las otras, es la voluntad absoluta de conmemorar sus grandes fracasos históricos. Ante todo,

26 Una interpretación generalmente aportada por la historiografía sobre las intenciones de la insurrección de Varsovia era la de crear una situación *de facto* donde la capital, liberada por la resistencia polaca del Ejército del País, que dependía del gobierno polaco en el exilio en Londres, habría neutralizado la importancia del Comité de Lublin, gobierno provisional dominado por los comunistas, y establecido en los territorios polacos liberados por el Ejército Rojo (nota del traductor).

27 Los habitantes de Poznan, siempre pragmáticos, no transformaron en obras literarias los ideales del trabajo orgánico (aunque, paradójicamente, es en Poznan donde se erigió el primer monumento a Mickiewicz). En cambio, el ideal positivista, vinculado en el Reino de Polonia después del fracaso de la insurrección de 1863 por escritores como Prus y Orzeszkowa, no tuvo éxito porque el modelo de conducta cívico que propugnaban era poco seductor en comparación con los transmitidos por el romanticismo.

la cuestión de las insurrecciones perdidas, celebradas en un ambiente de martirio y de patriotismo. Estamos así de nuevo en presencia del “síndrome de la perspectiva Varsovia”, mencionado anteriormente. Por lo tanto, las insurrecciones fracasadas que tuvieron lugar en los territorios ocupados por los rusos (incluyendo la de 1944) adquirieron, por decirlo así, un carácter nacional (entendido como “esplendor”). En cambio, los impactos de las insurrecciones de Poznan y de Silesia, exitosas, son calificados de “locales”²⁸.

Si el joven polaco saca los modelos de su comportamiento nacionalista dentro de tal medio educativo — que presenté aquí de una manera quizá a veces exagerada — no hay que sorprenderse de que los dos tercios de la población (entre los que se cuentan muchos alumnos) piensen hoy en día en que hay que morir por la patria. Pero el gran drama de los resultados de esta encuesta mencionada al principio de este artículo reside en el hecho de que sólo un tercio de la población entienda que se puede y se debe vivir por Polonia. En otras palabras, ello quiere decir que la gran mayoría de los polacos no ven ninguna relación entre su propia actitud en la vida cotidiana, su actividad, su espíritu de empresa y la forma moderna de patriotismo. No se dan cuenta de los beneficios que el país puede lograr de ella. En esta situación, los modelos positivos, especialmente los del trabajo orgánico, quedan la mayoría del tiempo sin eco. El sentimiento de que Polonia “no es nuestra”; de que “ellos” (el poder extranjero) estén todavía aquí y que todavía no hay perspectivas para un mejor futuro, ¿sería acaso una actitud todavía actual?

Desde 1989, los comunistas perdieron el poder en Polonia. En todos los sectores de la vida, los ideales obsoletos de la “justicia social” [socialista — nota del traductor] comenzaron a ser remplazados por los principios de la economía de mercado. Este proceso significa el fin o más bien el principio del fin del estado providencia. “Ellos” dejaron de existir; ese poder odiado del cual dependía todo, pero que “procuraba” también diversos bienes al pueblo. Sin embargo, los polacos fueron rápidamente decepcionados por el nuevo poder: el desempleo en alza constante, la libre competencia, las exigencias más grandes con respecto a los trabajadores, los salarios bajos, la inflación, los precios altos y la pobreza, para no decir la miseria para una parte cada día más importante de la sociedad. Tal es la realidad. Nada de sorprendente, pues, que las elecciones parlamentarias del 93 fueran ganadas por los representantes de la izquierda postcomunista. La gente no supo poner en práctica el famoso lema del presidente Walesa: “Ahora todo depende de ustedes; tomen sus asuntos en sus propias manos”.

En esas condiciones se acentuaron las diferencias de actitudes entre los polacos. Naturalmente, es la *nomenklatura* comunista la que supo aprovechar mejor y más rápidamente la situación, asegurándose a precio bajo los paquetes de acciones en un gran número de empresas, así como de los puestos lucrativos en las diferentes instituciones. Sin embargo, no es de la antigua “oligarquía roja” que queremos hablar aquí; sino del resto de la sociedad. Así, en función de los cambios radicales, los Polacos adoptaron en general tres tipos de actitud: pasivo, insurreccional y positivista.

28 Recientemente, para la celebración del 50 aniversario del fin de la segunda guerra mundial, se dio cuenta del aspecto controvertido del acontecimiento y se empezó a poner en cuestión la celebración de la “liberación” de Polonia en 1945 [por la Unión Soviética — nota del traductor]; muchos consideran que se trata de pasar de una cautiverio al otro y que por ello no había motivo de celebración. La discusión continua. Voces irónicas se levantaron pidiendo, en este contexto, la celebración oficial, en el año de 1995, de los 200 años de la última partición de Polonia, la cual significó la pérdida de la independencia.

Las personas con una actitud pasiva aceptan la nueva realidad desde una perspectiva fatalista. Unos se contentan con sus pequeñas pensiones; otros llegan a consignar sus subsidios de desempleo (que duran solo un período determinado) para caer después en el marasmo. Los jóvenes se desmoralizan, se abandonan al alcoholismo y surgen los conflictos con la ley.

La actitud insurreccional surge de la lucha contra las autoridades; no obstante, no se trata de una lucha individual, sino de una cierta colectividad que quiere mejorar de manera egoísta su situación material sin tener en cuenta la lógica de las leyes propias a la economía de mercado. Esta actitud se manifiesta a menudo a través de una nostalgia por el régimen del pasado; y está representada sobre todo por los sindicatos de las grandes empresas endeudadas y de las que jugaban, durante el comunismo, un papel importante y privilegiado, como por ejemplo las minas, empresas metalúrgicas, fábricas de la industria mecánica, ferrocarriles o de construcción naval. Las huelgas, las marchas de protesta, las demostraciones de fuerza delante los edificios públicos, los bloqueos de rutas y ferrocarriles, los vulgares lemas nacionalistas, las piedras, los tornillos, los huevos — son las armas de los obreros frustrados y desesperados—. Hay que mencionar también una parte de los campesinos endeudados que, después de haber despilfarrado sus créditos agrícolas, adoptan la misma actitud y recurren a los mismos métodos de lucha.

La tercera actitud — positivista — es visible en diferentes regiones del país. Está representada sobre todo por la joven generación. Son ellos quiénes, la mayor parte de las veces, consiguen fundar empresas de producción, de negocio y de agricultura; se ocupan de la venta al por mayor y abren negocios. Desarrollando el sector de los servicios, los jóvenes consiguen su sustento, creando empleos al mismo

tiempo. Cambian la imagen que se tiene de Polonia desde el exterior: construyen, reconstruyen, reforman y modernizan. Ponen en práctica los principios de la economía de mercado e introducen los principios de la libre concurrencia. Una parte de estos jóvenes, se capacitan a través de cursos especializados o en diversos centros de formación con el fin de calificarse en profesiones lucrativas.

Se puede observar que esta confrontación de actitudes y de comportamientos no se efectúa de manera idéntica en toda Polonia. En efecto, Polonia se divide de una manera muy general en zonas “positivistas” e “insurreccionales” (estas últimas correspondiendo al mismo tiempo como zonas pasivas). Se puede constatar — y ello no constituye una gran novedad — que entre más sea elevado el nivel económico de una región, entre más avanza en su nivel promedio de industrialización (consistiendo éste en un conjunto de empresas pequeñas y medianas en un lugar de mono industrialización), entre más moderniza su agricultura y se desarrolla su infraestructura técnica desarrollada (rutas, ferrocarriles, teléfonos, servicios sociales, etc.), menos se encontrarán actitudes insurreccionales y pasivas. Sin embargo, la existencia de estas particularidades no está ligada únicamente a las diferencias económicas y sociales actuales entre las regiones polacas. Es también el reflejo de diferencias de mentalidad y de tradición.

Es ahí donde creo que se hacen necesarias las funciones explicativas de la historia. Es cierto que en la Polonia de hoy se encuentran todavía huellas del desarrollo económico asincrónico de Europa, cuyo génesis se remonta al umbral de los tiempos modernos. Estas irregularidades se reforzaron en Polonia en la época de las particiones. Así, en los territorios anexados a Prusia, la economía capitalista se introdujo más tempranamente que en otra parte, de tal manera que la mentalidad de la gente no era diferente de la “occidental”. Las dife-

rencias entre la Polonia A y B (por no hablar de la C)²⁹ fueron visibles, sobre todo, en la época transcurrida entre las dos guerras mundiales. La Polonia Popular (que no comprende los territorios orientales que anexó la Unión Soviética, regiones que eran poco desarrolladas) no hizo más que disminuir estas diferencias. Después de 1989, estos contrastes reaparecieron con una nueva intensidad, en función de la nueva realidad. En la Polonia del este, los departamentos del “muro oriental” continúan teniendo fama de miseria y de incompetencia. Estas regiones, que fueron muy afectadas — aunque no exclusivamente ellas —, fueron duramente golpeadas por la desaparición del estado providencia. Su reacción fue muy radical y se manifestó en actitudes reivindicatorias y en una lucha muy agresiva. Ello todavía continua hoy en día. No obstante, esta manera de resolver los problemas, muy poco constructiva, característica tanto del obrero de la empresa “Ursus” cerca de Varsovia como del campesino de los departamentos orientales, siempre estuvo (y está todavía) muy alejada del obrero de Poznan y del campesino de la Gran Polonia.

Por lo tanto, lo que parece hoy en día necesario para la enseñanza de la historia en Polonia es un cambio al nivel de los acentos, una modificación en la manera de interpretar ciertas cosas. Porque estoy convencido que la Polonia contemporánea necesita para progresar más de una actitud positivista que de la insurreccional. En los colegios y en los manuales de historia, se deben pagar las ideas del trabajo orgáni-

co. Es siguiendo estos modelos que los jóvenes polacos deben forjar sus caracteres, aprender a vivir y trabajar en esta nueva realidad llena de dificultades. Por lo demás, se observa ahora que los jóvenes son los primeros en estar cansados de la imagen de una Polonia martirio.

Todo nuestro pasado después de las particiones debería ser explicado, tanto en el colegio como en los manuales, de manera que el patriotismo lleve a pensar en otra salida que la muerte por la Patria. Y ello no hay que interpretarlo solamente como una llamada de un universitario en la cuarentena. Porque me permito, para terminar, citar un extracto de la entrevista con uno de los héroes todavía vivo de la insurrección de Varsovia de 1944, el capellán (que tenía también el grado de comandante) de los famosos batallones de “scouts”, condecorado con la cruz *Virtuti Militari* de Vª clase³⁰ (por heroísmo personal); el padre Józef Warszawski, de 93 años. Cuando el periodista afirma que: “Los otros dicen que las insurrecciones, aunque sangrientas y fracasadas, consolidaban en las generaciones siguientes la voluntad de la lucha por la independencia...”, el padre replicó: “Tonterías. ¡Que tonterías! La insurrección que valió realmente la pena, fué la de Poznan. Nadie habla de ella mientras que se divinizan las que fracasaron. ¡Tontería!”³¹.

¡Precisamente! Con la enseñanza exacta de la historia y con su explicación precisa, luchamos contra esas tonterías.



29 El autor se refiere a una división clásica hecha por los historiadores entre la Polonia desarrollada (A) y subdesarrollada (B) (nota del traductor).

30 Corresponde a la más alta condecoración en Polonia (nota del traductor).

31 “Kawalek Polaka [un extracto de polaco]”, entrevista Jerzy Pietrak con el Padre Józef Warszawski S.J., *Gazeta Ostrowska*, n° 30 (298), 30 de julio de 1995.